

Recensiones

Jacqueline Clarac, Grupo de Investigaciones Antropológicas y Lingüísticas, Centro de Investigaciones Etnológicas y Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida.

Algunas reflexiones acerca de la obra de Esteban Krotz: «La Otredad cultural entre utopía y ciencia (Un estudio sobre el origen, desarrollo y la reorientación de la antropología)»

Esta obra fue publicada por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, Fondo de Cultura Económica, México, 2002, con la traducción de Claudia Leonor Cabrera Luna. La primera edición de este libro fue en alemán, bajo el título: «*Kulturelle Andersheit zwischen Utopie und Wissenschaft : ein Beitrag zu Genese, Entwicklung und Neuorientierung der Anthropologie*», Meter Lang Gmbtt Frankfurt del Meno, 1994.

Esteban Krotz, nacido en Barcelona en 1947, de nacionalidad alemana, es residente en México desde 1973, donde trabaja como profesor investigador titular en la Unidad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Yucatán, en la Facultad de Ciencias Antropológicas. Desde el Congreso Internacional de Etnología y Antropología realizado en México en 1993, está liderizando el movimiento académico «Antropología del Sur».

En el prólogo de su libro explica el autor que en el mismo confluyen su formación filosófica recibida en Alemania, y la antropológica recibida en México, siendo originalmente dicha obra su tesis doctoral en filosofía en la Hochschule für Philosophie, Munich, 1993.

Ya Esteban Krotz nos había llamado la atención –desde 1991– por su posición frente a la antropología que se había hecho en el norte (ver Krotz, 1991, 1992, 1993, 1998). Ahora nos ofrece una obra muy completa y prolífica sobre el tema, con la meta de contribuir a la clasificación de «*lo que es y podría ser 'la antropología', desde el interior de la tradición antropológica, con especial interés en la categoría de la otredad, que resulta «del contacto entre culturas»*», adoptando aquí para iniciar su análisis, la primera concepción interpretativa de la antropología, la que hizo salir a los antropólogos de sus países del norte para ir a estudiar culturas distintas a la suya (y, probablemente, para experimentar así con el modelo de sus maestros evolucionistas del siglo XIX, modelo que iban a cambiar, como sabemos, por otras concepciones teórico-metodológicas tales como la funcionalista y la difusionista); enfoca también el análisis hacia la categoría «*utopía*», que él define como «*la menos conocida de las dos formas de formulación y tratamiento de la pregunta antropológica*» y la más antigua, ya que van unidas la utopía y la antropología en la segunda mitad del siglo XX.

Empieza el autor refiriéndose al «*encuentro entre culturas*» cuando un europeo (Cristóbal Colón) puso por primera vez su pie en nuestro continente americano. Por cierto, debemos mencionar en relación con esto el hecho que, este año 2003, en Venezuela, se cambió oficialmente el nombre de aquel día del 12 de octubre, que era recordado hasta ahora como «*Día de la Raza*» (?) en «*Día de la Resistencia Indígena*», ya que la historia en América ha callado durante mucho tiempo tal resistencia, por verla como algo sin importancia. En efecto, no fue concebida por cronistas e historiadores en tanto que «resistencia» sino en tanto que actos de «rebeldía» contra el poder español (si fuera hoy la llamarían «terrorismo»–según la moda impuesta por el neoliberalismo norteamericano) realizada por unos salvajes, es decir: algo poco digno de entrar en la historia.

Después de pasearnos analíticamente por los sueños utópicos de la Edad Media europea, las utopías de la Ciudad de Dios y los dos mundos

contrarios de San Agustín (el de Caín y el de Abel), con desemboco final a un milenario Reino de Paz y Felicidad y el regreso definitivo de Cristo; por las ideas de Joaquín da Fiore sobre la Babilonia apocalíptica (la Iglesia con su Papa el Anticristo), el Carnaval y los rituales blasfemos de la Misa del Asno como «*unívoca inversión del orden establecido*», todos actos que «*permitían a todos los participantes experimentar otro mundo, así fuera por un tiempo muy breve o en un lugar determinado*», evoca al personaje del bufón que se atreve a decir la verdad a todos porque es bufón, y la fundación de monasterios por estar buscando otro mundo, esta vez deseado por Dios; incluyendo la historia de Francisco de Asís, el autor nos dice que «*la tradición utópica es esencialmente un análisis social que, al mismo tiempo, estudia las causas de la esfera de los fenómenos culturales desde abajo y hacia delante*», y muestra como, en el centro de este tipo de análisis social (la «**pregunta antropológica**») se encuentra la categoría de la alteridad. Así, el objeto utópico «*diste mucho de ser totalmente imaginario*», y «*surge de la crítica radical al presente humano*», es decir, la posibilidad del cambio que se abre al futuro.

No le extraña al autor el que los europeos que vinieron a América vivieran una utopía, pues ya estaban acostumbrados en su propia tierra a vivirla, a vivir con otros mundos, habitados por extraños seres (duendes, hadas, sirenas, hombres-lobos, vampiros, enanos...) así que el Castillo del Santo Grial, el reino del rey-sacerdote Juan, el país de Leche y Miel, el Dorado, las Puertas del Paraíso, fueron también «expresión de su anhelo». Por cierto, no lo menciona Krotz, pero hasta Alejandro von Humboldt se interrogaría luego sobre la posibilidad de que los indios del Llano venezolano comieran realmente galletas de tierra y sobre la existencia de hombres que no tenían cabeza, sino que su boca y sus ojos se encontraban en su pecho, como le habían afirmado unos misioneros...

La utopía surgiría de «*la crítica radical al presente inhumano, de la base de la pirámide social, de la experiencia de la posibilidad de cambio de un mundo que se abre al futuro*». Sin los castillos en el aire, dice el autor, difícilmente se hubiera logrado construir castillos verdaderos.

Habla Krotz de la fascinación permanente que ha tenido Europa por las culturas exóticas, es decir, las que guardan su tradición, y por los movimientos políticos del Tercer Mundo, gracias a lo cual se los ha estudiado «con seriedad», y refiere como los antropólogos, en época reciente, han venido dirigiendo su interés hacia campos fenoménicos «*que eran reservados hasta ahora a otras ramas científicas*», como la vida en las ciudades, la organización industrial del trabajo, el comportamiento electoral, las enfermedades mentales, la política del desarrollo – aunque ya Malinowski había mostrado, en la década de los 40, un interés hacia lo último cuando, después de estudiar los fenómenos conflictivos en las colonias británicas de Africa, a petición de la administración colonial inglesa elaboró su programa de «Dinámica del Cambio Cultural», basándose en el diagnóstico que había hecho de la situación africana, programa –por cierto- que fue difundido luego a los países latinoamericanos bajo la concepción sociológica y económica de «programas para el desarrollo socioeconómico» (con la intención de transformar los países subdesarrollados en países desarrollados, es decir industrializados –otra utopía norcéntrica y sin fundamento, adoptada unísonamente por todos nuestros gobiernos latinoamericanos...), con las decisiones absurdas y las consecuencias negativas que conocemos, en América como en Africa.

Krotz constata también una relación mayor cada día entre la historia y la antropología, en el sentido de Popper que había anunciado desde la década de los 70 que la antropología dejaría de ser «*la sociología particular de las sociedades no occidentales*» para tomar el papel de una ciencia social más general.

Me parece sorprendente el que considere Krotz que la antropología es una ciencia «*que no se resuelve a definir con precisión sus límites frente a otras disciplinas y frente a la filosofía, la literatura y el periodismo*», ya que siempre ha habido autores, desde que existe la antropología «científica»- que han mostrado que es una disciplina capaz de abordar **cualquier** objeto de estudio (de ahí su nombre mismo «antropología» : los que ayudaron

a fundarla se referían a una ciencia que se ocupa del «hombre» (anthropos), de lo humano; es decir que su objeto debería abarcar todo lo referido a lo humano como tal (lo físico, lo mental, lo lingüístico, lo ecológico, lo histórico, lo social, lo económico, lo político, lo religioso, etc...y todo aquello que siempre se ha considerado como siendo parte de las sociedades y culturas humanas). El que los antropólogos a menudo se hayan olvidado de esto y hayan establecido límites a su objeto (como buscarlo, por ejemplo, sólo en las lejanas regiones –lejanas para ellos- del planeta, y verlo sólo como un estudio de lo sociocultural) no significa que fuese problema de «la antropología» sino de ciertos antropólogos - especialmente, los de los países del norte, y con ellos, todos los antropólogos del sur alienados con los del norte y que han funcionado con la idea de que «la ciencia no puede ser hecha por nosotros, sólo puede ser imitada por nosotros, ya que somos inferiores»....

Edgar Morin es uno de los pocos que nunca se han equivocado con esta reducida y limitante concepción de lo que es la antropología.

El libro de Krotz termina, en el capítulo XX, con un intento de formular «una nueva pregunta antropológica» para poder entender «un mundo en cambio constante como dirigido hacia la posibilidad de un multiverso del ‘ caminar erguido ‘ de todos los seres humanos». Podríamos decir nosotros, en efecto, que nos toca ahora, a los antropólogos del sur como a los del norte, encaminar nuestra ciencia hacia **todo** lo que es humano y relacionado con lo humano, es decir, en hacer realmente –o procurar hacer- una «ciencia humana», sin preocuparse por límites y objetos precisos, pues todo lo que atañe al hombre del modo que sea, en el lugar que sea y en la época que sea, es y ha de ser objeto de estudio del antropólogo. Propongo considerar también que el fenómeno se ha dado en sentido inverso a lo que afirma Krotz : Las otras ciencias sociales, e incluso ciencias consideradas hasta ahora «duras» y «exactas», han empezado a utilizar a su vez nociones y métodos de la antropología para reconsiderar su objeto de estudio, de ahí el nacimiento de tantas «subdisciplinas» como la etnobotánica, la etnozoología, la etnoeducación,

la etnomatemática, la etnoingeniería, sin contar las más conocidas, que nacieron antes : la etnohistoria, la etnolingüística, la etnomedicina, la etnopsiquiatría...

No pienso que la atención portada ahora a diferentes aspectos de la realidad humana no tocados anteriormente en el estudio «antropológico» tenga un efecto de «apariencia caótica», como dice Krotz, porque es caótico si permanecemos dentro del esquema de la ciencia que se manejaba con el paradigma de la simplicidad, que fue el primer paradigma- se creía entonces que reduciendo y simplificando la realidad se la podía entender mejor. En efecto, la experiencia de todas las ramas científicas han llevado a los investigadores actuales a comprender que la realidad no es arbitrariamente simplificable, que es compleja, tan compleja que nos parece caótica, y que para abordarla es mejor hacerlo con una metodología también compleja (ver Morin y Otros, 1974, 1999).

Agrega Krotz que se le ha criticado también a la antropología por haber sido una «ciencia colonial», y así ha resultado ser pero en cuanto a los antropólogos europeos y norteamericanos, a quienes les ha parecido cómodo (tal vez no tan cómodo, si se juzga por las monografías que cuentan sus respectivas experiencias...) ir a «sus» colonias para estudiar ahí sociedades «diferentes» de la del investigador; en realidad esto no ha sido de todos modos tan malo si consideramos que ha ayudado –si vemos su lado positivo- a salirse del modelo occidental-positivista del mundo, contribuyendo así –y es la única disciplina en haberse atrevido a hacerlo - a crear la idea de la relatividad de las culturas y el error del modelo evolucionista unilineal que se creía aplicable a todas las sociedades. A pesar de esto, sin embargo, no se puede decir que la voz de los antropólogos haya sido muy escuchada fuera de los círculos antropológicos, ya que es nuevamente este mismo modelo evolucionista que se nos está siendo impuesto todavía hoy en todo el mundo, como la única vía posible para todos nosotros, porque éste es el único camino impuesto por las sociedades dominantes, y los gobiernos de las otras naciones no han mostrado la creatividad suficiente para idear otra cosa,

porque les ha convenido hasta ahora estar bien con los gobiernos de las naciones dominantes ya que, cuando tratan de encontrar una vía alterna –como en el caso del actual gobierno de Venezuela- se les organiza una resistencia interna y externa muy bien financiada desde el exterior para tumbarlos.

Todas estas consideraciones (antropología colonial, poca definición de límites, etc...) hechas superficialmente por los críticos internos y externos de nuestra disciplina han llevado a éstos a pensar que la antropología estaba en «crisis», lo que me parece absurdo pues considero que siempre ha estado en crisis, justamente por no aceptar límites y porque su naturaleza es justamente de incursionar en toda clase de objetos ya que, por ser éstos también de otras disciplinas; no significa que no han de ser de la antropología, que debiera abarcar todo lo relacionado con lo humano, por una parte y, por otra, pienso que la ciencia toda debiera estar siempre en crisis a fin de poder siempre reflexionar sobre sí misma y sobre su capacidad de engendrar conocimiento...Al respecto, la antropología ha estado y está hoy en la vanguardia de lo que, a mi juicio, debería ser una «ciencia» del siglo XXI. Dice Krotz que «la crisis» se debería también a la *«acelerada desaparición de sus objetos tradicionalmente más importantes y característicos: los llamados «pueblos primitivos»*; pero creo que Krotz se refiere así aquí sólo a la primera interpretación dada arbitrariamente por antropólogos del norte a su ciencia, limitándola, tal vez porque la llamaron también sólo «etnología» a veces, reduciendo también este término a la concepción que se tenía (siglo XIX y parte del XX) de lo que era una «etnia»: Recuerdo el asombro de Nathan Wachtel cuando, en 1978, en su seminario parisino de Etnohistoria Andina, hice una vez una exposición sobre mi propio trabajo de investigación y hablé de «las etnias en presencia» en la Cordillera Andina venezolana: Me criticó Wachtel ya que, como me dijo: «No se puede considerar a los españoles como una etnia»...(no sé si Wachtel piensa todavía de la misma forma hoy).

Es decir que, cuando decían los antropólogos del norte «etnia», pensaban «los Otros» o «No Nosotros»...

Tampoco estoy de acuerdo con Lévi-Strauss cuando dijo (en 1954) que «la antropología no era todavía una ciencia», cosa que me entusiasmó cuando era yo estudiante de antropología, en la década de los 60, pero que reconsidero hoy, ya que no creo que haya definiciones definitivas y exactas de «ciencia» (de ninguna) y que, por otra parte, la etnopsiquiatría ya ha procurado mostrar que la ciencia es, finalmente, un mito occidental para acercarse a la realidad... (es decir: una nueva utopía, bien en el sentido occidental).

Los «*movimientos de independencia, levantamientos antiimperialistas, 'naturalmente'*» —dice Krotz— *afectaron en especial a la investigación antropológica in situ*» y, además, «*representaban un desafío general para la antropología en su conjunto*»; es cierto, sólo que ese «desafío» iba necesariamente a afectar diferentemente al antropólogo «del Norte» y al antropólogo «del Sur» (es decir, los del Primer Mundo y los del Tercer Mundo), aunque muchos autores del sur trabajan como si fueran del norte. Incluso, un antropólogo de la Universidad Central de Venezuela en Caracas, hace unos 7 años, me dijo, no en broma sino con mucho convencimiento: «*Tenemos que re-patriarnos*», importando así la idea de Clifford Geertz sin darse cuenta de lo absurdo de su reflexión en nuestra situación venezolana...

La no-consciencia de que no podemos «hacer antropología» como los del norte ha llevado a ciertos antropólogos venezolanos a apartarse de los acontecidos históricos que estamos viviendo actualmente en Venezuela, desde 1999 muy especialmente: Se comportan como antropólogos nortños que no se sienten implicados en la nueva dinámica sociocultural que ha surgido en la población hay muy pocas excepciones, mientras que otros, los que se han independizado de los investigadores nortños, se implican: Participaron en el proceso constituyente, para colaborar con el cambio de constitución y luego con el necesario cambio de leyes. Es observable, por ejemplo, en la actitud frente al mundo

indígena venezolano: Los antropólogos que durante unos 50 años (desde que hay antropólogos venezolanos graduados y trabajando en su país) han dado la pelea por el reconocimiento de los derechos indígenas, están participando actualmente al lado de éstos y de los campesinos (descendientes de indígenas también) para que -por primera vez en 500 años- empiecen a ser «visibles», a tener derechos... Debemos recordar en efecto, entre otros casos, como en 1885 se quitó por decreto a los indígenas de gran parte del país el derecho a ser reconocidos como tales, menos los del Amazonas, de la Guayana y de la Península de la Guajira ... Actualmente están regresando a la visibilidad todos los indígenas, cualquiera sea el territorio venezolano donde están ubicados, para asumir sus derechos y sus deberes como ciudadanos participativos en la vida política del país, y los antropólogos están comprometidos con este proceso. Estas diferencias con la antropología del norte – y otras más que habría que analizar - son importantes de recalcar hoy para comprender la nueva actitud antropológica y las nuevas «preguntas antropológicas» que están naciendo en el sur.

Que los museos antropológicos (etnológicos y arqueológicos) hayan sido tildados «*de monumentos de la superioridad racista y del saqueo colonial*» como lo hace ver Krotz, se puede aplicar sólo a los museos del Primer Mundo, los «noratlánticos», a menos de considerar que el Museo Antropológico de México, el Museo del Oro de Bogotá, el Museo Antropológico de San Cristóbal, en el Edo. Táchira, el Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes en Mérida (Venezuela), el Museo Arqueológico de Quibor (Edo.Lara,Venezuela),el Museo Etnográfico de Puerto Ayacucho (Guayana venezolana), etc.,, hicieron también un «saqueo colonial» a los grupos indígenas y al pasado de sus respectivas regiones ? En nuestros países latinoamericanos estamos trabajando más cada día con los «museos comunitarios», participativos, recomendados por la UNESCO hace unos 15 años. Difícilmente podría ser aplicada esta crítica de «monumentos de la superioridad racista etc...» a nuestros museos antropológicos venezolanos, recientes y regionales,

que están combatiendo permanentemente contra la alienación históricocultural y la vergüenza cultural tan fuerte en la población y en la escuela venezolana (incluyendo la universidad) se han dado estos pocos museos la misión de fomentar la consciencia de la población local, regional y nacional sobre su propia historia y formación sociocultural, así como desalienarla de 500 años de dependencia colonial (española, noratlántica, y hoy neoliberal y globalizante); colaboran con la construcción de una educación «intercultural» en las escuelas, en un país donde sólo recientemente se ha reconocido el carácter «pluricultural» de su población (Constitución de 1999) y la validez de las 34 lenguas indígenas que aquí se hablan además del español y que han logrado sobrevivir a cinco siglos de represión y humillación.

En tanto que tradición cultural, que análisis social de la alteridad o conocimiento nuevo, la utopía es siempre 'utopía'. Ya que es también conocimiento nuevo, según Krotz, podemos considerar que todo conocimiento científico nuevo es parte de la utopía, por lo menos está bien dentro del mundo construido por nosotros a partir de nuestra interpretación de la realidad, tal como lo explica Edgar Morin en su Paradigma Perdido, la Naturaleza Humana... Esto es lo importante de esta obra de Krotz: Siempre decimos en antropología que la ciencia es el mito de la sociedad occidental (el que sustituyó los mitos religiosos anteriores, uniéndose al mito positivista del «Progreso Unico» y universal, porque «científico», justamente, y hoy, hay que agregar: científico-tecnológico, o meramente tecnológico, ya que el conocimiento puro interesa menos cada día a los grandes financiadores de la investigación) y aquí Krotz trata el tema desde la antropología, equiparando el conocimiento logrado por esta disciplina «científica» al conocimiento utópico medieval y renacentista. Se basa sobre todo el autor para su análisis en la forma como la utopía fue vivida en América, ya que los americanos autóctonos fueron percibidos como «los Otros» de los europeos, y vice-versa., de modo que constituyó un «diálogo de sordos», ya que jamás se llegó al diálogo intercultural. Por cierto, aunque no

tiene nada que ver este comentario de Krotz con la antropología propiamente dicha, sino con las actitudes y la política del europeo en América desde que llegó y sometió al americano autóctono, debemos reconocer que seguimos en la actualidad en la misma situación de considerar como «Otros» a los indígenas, descendientes de africanos y mestizos, unos «otros» despreciables, infantiles, miserables, desconfiables, infrahumanos, como lo expresa Arciniegas (citado por Krotz, p. 206) : «*El español, al indio no lo oye, no lo entiende. Lo avasalla. Al final, se queda sin saber lo que piensa, lo que siente, ni lo que sueña*», cosa que confirma también –como tantos otros- el antropólogo argentino Adolfo Columbres (también citado en nota a pie de página por Krotz, p. 206) : cuando expresa que los españoles, en realidad, no descubrieron América, pues con pocas excepciones «*se preocuparon más bien por esconder, por callar, por velar, por cubrir, todo lo que pudiera ser una expresión del hombre americano*», hasta el punto que todavía en 2003 podemos ver la misma situación en las sociedades latinoamericanas: En los gobiernos latinoamericanos domina en forma insólita al 99% el elemento blanco europeo, incluso en países con mayoría de indígenas en su población como Guatemala, Perú, Bolivia, Ecuador o Paraguay, y se manifiesta hoy abiertamente la actitud (hipócritamente disfrazada durante tanto tiempo) de franco desprecio que tienen los miembros de la oposición venezolana hacia el gobierno del Presidente Hugo Chávez Frías (mestizo de origen humilde, llanero) y sus partidarios, a pesar de llamarse a sí mismos «Coordinadora Democrática»; pero justamente por esto: El movimiento ha revelado algo bien interesante: Democracia es constituida solamente por los latinoamericanos blancos, o mayormente blancos, y económicamente fuertes. Son «naturalmente» excluidos los indígenas, campesinos, habitantes de los muy numerosos barrios marginales de las grandes ciudades; sirven solamente para dar sus votos a uno u otro blanco, por lo cual se les recompensa paternalmente –a veces-; y esta situación venezolana es observable en cualquier otro país americano, donde el que no pertenece al estrato dominante no tiene derecho a hablar (a menos

que con su discurso respalde la política del dominante) y menos a exponer sus ideas pues esto se percibe inmediatamente como un atropello imperdonable.

Ahora bien, aunque me parece original y bien documentado el libro de Krotz en cuanto a lo utópico medieval y renacentista-americano, me parece que su análisis del discurso antropológico, al analizar éste como solamente utópico no se justifica del todo, en la medida que la antropología en América, y sobretodo en Latinoamérica, ha sido hecha por antropólogos autóctonos, los cuales se han identificado a menudo con la problemática indígena y campesina de su propio país, especialmente la de los sin tierra (o legalmente sin tierra), así como con otras (por ejemplo: la educación bilingüe, la interculturalidad, la vergüenza étnica, la alienación cultural, etc.) que pertenecen a una práctica social permanente y es utópica ésta solamente en la medida que «dista mucho de ser totalmente imaginaria», como apunta Krotz, y que el trabajo del antropólogo del sur «surge de la crítica radical al presente humano»; si debemos considerar, en efecto, que es utópico todo intento por remediarla, entonces es utópico el ser humano mismo, en la totalidad de sus quehaceres; pero no podemos correr el peligro y darnos el lujo en América Latina de caer en el neoliberalismo indiferente y pasivo frente a nuestros problemas humanos.

Bibliografía:

KROTZ, Esteban: 1996 : *La Otredad Cultural Entre Utopía y Ciencia* (Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la Antropología) Universidad Autónoma Metropolitana, Univ. Iztapalapa, F.C.E., México

Otra bibliografía referente al tema:

CLARAC, Jacqueline: 1994: «*La antropología venezolana y la crisis de la Antropología*», en BOLETIN ANTROPOLÓGICO N° 30, enero-abril 1994, Univ.de Los Andes, Mérida, Venezuela

- 1998 : «*La construcción de la Antropología en Venezuela*», en *Historias de la Antropología en Venezuela*, Edit.E.Amodio, Dirección de Cultura, Univ.de Zulia, Maracaibo
- 1999: «*Una antropología relé o una antropología creativa ?*» en *Hacia la Antropología del Siglo XXI*, Edit.J.Clarac, L.Meneses y G.Gordones, CONICIT, CONAC, Museo Arqueológico y CIET-ULA, Mérida, Venezuela (Tomo I)
- KROTZ, Esteban: 1991 : «*El viaje como metáfora de un conocimiento nuevo*», en *ALTERIDADES*, Univ. de Iztapalapa, México, 1(1), 50-57
- 1992: «*Crisis de la antropología y de los antropólogos*», en *El Concepto de la Historiografía de las Ciencias Antropológicas*, CUADERNOS DE ANTROPOLOGÍA, Edit. Univ.de Guadalajara, México
- 1999: «*Elementos críticos en el futuro cercano de las antropologías latinoamericanas*», en *Hacia la Antropología del Siglo XXI*, Edit.J.Clarac,L.Meneses y G.Gordones, CONICIT, CONAC, Museo Arqueológico y CIET-ULA, Mérida, Venezuela (Tomo I)
- LÓPEZ SANZ, Rafael: 1993: «*Paradoja y caos en la investigación científica*», en *BOLETIN ANTROPOLÓGICO*, N° 29, Univ.de Los Andes, Mérida, Venezuela, sept.-dic.1993
- MANSUTTI, Alexander: 1999: «*La antropología que requerimos*», en *Hacia la Antropología del Siglo XXI*, Edit.J.Clarac,L.Meneses y G.Gordones, CONICIT, CONAC, Museo Arqueológico y CIET-ULA, Mérida, Venezuela (Tomo I)
- MORIN, Edgar: 1973: *Le paradigme perdu: La nature humaine*, Ed. du Seuil, Paris.
- 1999: *La tête bien faite (Repenser la réforme, Réformer la pensée)* (Coll. L'Histoire Immédiate), Editions du Seuil, Paris.
- MORIN, E. et J.L.Le Moigne: 1999: *L'intelligence de la Complexité*, Coll. Cognition & Formation, L'Harmattan, Paris.

Boletín Antropológico. Año 21, N° 58, Mayo-Agosto 2003, ISSN: 1325-2610.
Centro de Investigaciones Arqueológicas - *Recensiones* pp. 209-222.

MORIN, E., P. Piattelli Y Otros: 1974: Pour une anthropologie fondamentale
(L'unité de l'homme)Points. Ed. du Seuil, Paris.